



Henry Stephens Selles, Maestro Universitario Comprometido

Enrique Arriola Guevara, Departamento de Ingeniería Química, Universidad de Guadalajara, Guadalajara, Jal., 45180 arriole@gmail.com

A dos años de la partida física del inolvidable profesor universitario de múltiples generaciones, el Dr. Henry Stephens Selles, uno de sus alumnos de la generación 63-67, rememora algunos aspectos de las facetas del académico comprometido con el ser y el quehacer universitario así como las del ser humano generoso, humilde y carismático que supo ganarse el respeto, el cariño y el aprecio de sus estudiantes.

En México, se afirma, la educación -en todos sus niveles- atraviesa por una crisis de consecuencias impredecibles. Gran parte de nuestra crisis educativa, se dice, se debe a la carencia de maestros comprometidos, capaces, que amen su trabajo y que transmitan con el ejemplo los valores esenciales en una sociedad civilizada. En estos aciagos tiempos, vale la pena recordar y dar a conocer, el trabajo profesional, ejemplar, comprometido, cotidiano, humilde, de un profesor universitario que vino del extranjero a Guanajuato, a su universidad, a entregarse con amor a su trabajo. Yo tuve la fortuna, enorme fortuna, de haber sido alumno de ese profesor.

Para ser exitoso, en una actividad determinada, se necesita, sin lugar a dudas, amar lo que se hace; el Doctor Stephens, “el negro” como cariñosamente le decíamos sus alumnos y su propia esposa, amaba su trabajo y se comprometía con sus alumnos. Si se le preguntara a sus cientos de ex alumnos, a los que conocía y recordaba por su nombre, de decenas de generaciones (ingenieros químicos,

mecánicos, electrónicos, QFB's, químicos) de Henry Stephens, ¿cuál era su principal virtud?, no me cabe la menor duda de que la respuesta sería, “SU COMPROMISO”. Henry sabía escuchar a sus alumnos, confiaba en ellos y era su amigo. Por supuesto que Henry tenía otras muchas virtudes que todo profesor universitario debería tener: preparado (fue de los primeros profesores, con un Doctorado, que la Universidad de Guanajuato tuvo), puntual (nunca faltaba a sus clases), exigente, innovador, con objetivos claros, responsable, alegre y disfrutaba de su trabajo.

Una característica única, distintiva, del Dr. Stephens, sin gran importancia pero que es necesaria para describirlo, era su inconfundible y aguda voz. Me atrevo a afirmar que no hay reunión de sus ex alumnos, de diversas generaciones, en las que no se trate de imitar la voz de tan querido profesor. También tenía Henry otros rasgos no deseables, con frecuencia característicos de los genios -hay que decirlo- y típicos en el medio científico: era ¡increíblemente distraído! Sus alumnos, a lo largo del tiempo,



recordamos muchas anécdotas que ilustran lo distraído de Henry: borraba completamente el pizarrón con la manga del saco, o con la mano, en lugar de usar el borrador; en ocasiones se confundía respecto al tema que tenía que impartir en determinado nivel e iniciaba la clase con otro tema de otra clase de nivel superior. Si ya de por sí, las clases que impartía cubrían temas por demás difíciles, imaginemos la cara de pavor de sus alumnos cuando Henry llenaba el pizarrón con ecuaciones que nadie entendía.

El Dr. Stephens fue profesor de la Universidad de Guanajuato en los tiempos en los que los profesores se dedicaban por completo, toda la jornada, a dar clases y más clases, se les pagaba por hora-clase y no realizaban investigación. Para tener ingresos decorosos, Henry tenía que impartir clases –diferentes- de lunes a sábado, en dos escuelas –diferentes- de la universidad y ¡en dos ciudades diferentes! Guanajuato capital y Salamanca. A las siete de la mañana iniciaba su jornada que terminaba a las nueve o diez de la noche y que incluía dos veces a la semana viajar en camión, de segunda clase (me consta), a otra ciudad.

Varias de las clases que Henry impartía en la carrera de Ingeniería Química de la Universidad de Guanajuato, eran de las consideradas “difíciles”. En una ocasión, mi grupo tenía examen con él en una fecha que coincidía precisamente con su cumpleaños; decidimos felicitarlo y

regalarle una lata de cerveza, bien helada, antes de iniciar el examen y, de paso, ganarnos su simpatía y posponer la fecha del examen. Henry mostró su agradecimiento con grandes sonrisas y abrazos, se dejó apapachar, y ¡no pospuso el examen! Más aún, ahí mismo inventó el examen con un problema que involucraba el cálculo de la salmuera necesaria para mantener helada la lata de cerveza. Ante el asombro, la incredulidad y los reclamos de todos nosotros por falta de datos suficientes para el cálculo pedido, su respuesta fue “supongan lo que quieran y, eso sí, justifiquen adecuadamente sus suposiciones”. En varios aspectos aprendimos mucho.

Tuve la fortuna de ser alumno de Henry, entre 1964 y 1967, en tres o cuatro cursos, en diferentes niveles de la carrera de Ingeniería Química. Él fue, además de ser mi tocayo (así me llamó siempre), “Padrino” de mi generación, en los tiempos en que los “padrinos de generación” los seleccionaban los estudiantes entre políticos con ambiciones, o ricachones que pagarán los anillos y la consabida fiesta. A Henry lo seleccionamos por el cariño que le teníamos. Todavía me parece ver su cara de enorme preocupación cuando le fuimos a llevar serenata a su casa para darle la noticia. La calma le vino cuando le notificamos que todos los gastos correrían por nuestra cuenta, lo que no impidió que nos obsequiara un libro a cada uno de sus ahijados.

Además de esos años en los que fui su alumno, Henry me distinguió con



su amistad personal (no estoy muy seguro de que haya sido una “distinción personal”, ya que el distinguía con su amistad a todos sus alumnos); fue mi Director de tesis, conocía y visitaba a mis padres, platicaba con mi esposa e hijos, asistimos juntos al Mundial del 70 en el Estadio Jalisco (era fanático de Brasil), nos juntamos en innumerables ocasiones para celebrar cumpleaños, bodas, reuniones de diversas generaciones que, literalmente, lo veneraban. Es obvio que a lo largo de muchos años de tratarlo, recibí de él múltiples y sabios consejos, sobretodo una vez que también decidí ser profesor universitario. Recuerdo que en alguna ocasión me dijo, “tocayo, ser buen profesor con los alumnos brillantes no tiene gran mérito, ellos van a salir adelante contigo, sin ti, o a pesar de ti; cuando logres convertir a los alumnos mediocres en buenos y los saques adelante, entonces estarás cumpliendo parcialmente tu misión”.

Hoy, a dos años de la partida definitiva de Henry, recordamos al Maestro ejemplar que sembró en nosotros, sus alumnos, valores que este país reclama. ¡Gracias Henry!